

mosa que he visto dormido y á cuyos piés se hallaba respetuoso el emperador Carlos, ya todo lo comprendo, ya todo lo adivino.

El religioso que les guiaba hizoles cruzar varios corredores, un claustro pequeño y sombrío á la sombra de cuyas haces de airoas columnas crecía trepadora la yedra, y en seguida bajando algunos escalones y atravesando una galería subterránea, llegaron á la puerta de una gruta.

Bello espectáculo se presentó á sus ojos.

Caprichosas estalácticas formaban en parte las paredes de la gruta, y de ella arrancaba brilladoras y trémulas chispas, lucientes como menudas perlas, de torrente de luz que inundaba la tosca pero celestial estancia. Sobre un montón de mal unidas piedras, en forma de rudo altar y aún mas bien de mal tallado pedestal, estaba la hallada imagen de la Virgen soberana con su rostro de amores y sus ojos de delicias. A sus piés, tocando casi con sus rostros al suelo, veíase á los monjes cantando con voz trémula y conmovida los himnos de alabanza. Y por fin, un grato resplandor inundaba la cueva en cuyo umbral acababan de caer respetuosos de hinojos el conde Wifredo y el obispo Godmaro.

— Oh! — exclamó el conde así que el pasmo que le embargaba pudo dejarle hablar, — ella es, es la imagen de esta noche, la que se ha grabado eternamente en mi corazón, la misma á cuyos piés oraba humilde Carlo Magno. La reconozco, sí; rostro trigüeno, faz larga y vista penetrante. Bien hallada seas, pura y santa imagen! Bien hallada, dulcísima Virgen! Todo lo comprendo y todo lo cumpliré, te lo juro. Sí, tú eres la imagen ante la cual debía postrarme esta mañana, este es el monasterio que debo engrandecer para que sea uno de los mas famosos de la cristiandad... pero... me falta, sí, una cosa. Una prenda se me ha dicho que debía consagrarte, santa imagen, la prenda mejor y mas querida que conmigo llevo. Esto es lo que no entiendo ni á comprender acierto... Iluminame, dulce y divina Señora. Qué prenda á la que yo tenga afecto y cariño puede serte grata? Dímelo, y juro al instante consagrártela! Qué prenda me ha querido dar á entender la voz de Carlo Magno?

Mientras así se exclamaba Wifredo y volvía en torno los ojos como si quisiese hallar junto á él lo que sin saber buscaba, vió penetrar de pronto en la gruta, atravesando su umbral, á su hijo mayor, á su primojénito Rodolfo que atraído por la nueva del santo hallazgo llegaba.

— Cielos! — exclamó al verle Wifredo cuya mente acababa de iluminar una idea acudida como un rayo; — he ahí la prenda mejor y mas cara que tengo: mi hijo Rodolfo. Virgen, soberana Virgen mia, yo te la consagro, yo te doy á

mi hijo, santa Reina. Sea él tu siervo en el templo como su padre será también tu siervo y tu campeon en los campos de batalla.

Y el conde, pronunciadas estas palabras, se dejó caer á los piés de la imagen con su hijo Rodolfo, mientras mas fervorosos y mas entusiastas, si cabe, resonaban los cánticos de alabanzas de los monjes á cuyas voces habia unido la suya el pio obispo Godmaro.

V.

ESCELENCIAS DEL MONASTERIO.

TRANQUILO podia descansar en su tumba el grande Carlos.

Sus deseos quedaban satisfechos y con quedar ellos satisfechos cumplido quedaba también el presagio de san Hermenegildo.

Wifredo, el primer conde soberano, fué quien todo se encargó de llevarlo á cabo.

Magnífica promesa habia hecho Carlo Magno, pero espléndido cumplimiento supo darla Wifredo.

Fué Santa María de Ripoll uno de los mas famosos y nombrados monasterios de la cristiandad, una de las mas célebres casas de oracion del orbe, uno de los mas afortunados asilos religiosos. Y, cómo no habia de ser así, tratándose de un convento augurado por un santo, regado su suelo con la sangre de unos mártires, fundado por el mas grande monarca de la antigüedad y consagrado por el primero de los condes catalanes?...

Poco tiempo despues de la escena referida al final de nuestro anterior capítulo, corriendo el año 888 de la venida de Cristo, la humilde morada del

abad Diginio y sus compañeros quedaba convertida en un bello, grande y magnífico edificio, que hizo levantar el conde Wifredo.

Terminada ya la suntuosa fábrica, eligióse día para la consagración y fué transportada á su nuevo y espléndido templo la imágen venerada de la Virgen. Consagró la fábrica el obispo de Vich Godmaro en presencia de toda la familia del conde, de sus allegados, de sus señores, de sus hombres de armas, ante una multitud de prelados y religiosos de todas clases, y en seguida vistió el hábito de monje el primogénito del conde, Rodulfo, que por su padre habia sido ofrecido á la Reina de los cielos. Concluida la ceremonia, Wifredo llamó al abad Diginio, y entrególe largas dotes y patrimonio para vivienda de los religiosos que allí servían á Dios y á su benditísima Madre.

Dióle en el condado de Cerdeña la villa de Lori con su iglesia, y en el mismo condado la villa de Gobarrer con su templo; en tierras de Bregada las iglesias de san Vicente y san Juan con sus términos; en el condado de Urgel la villa de Ecseduci con dos iglesias, alódios y términos; en la marca cerca de Tarragona el pueblo de Centellas con cuatro millas de territorio en torno; en otro lugar de la marca todo lo que se llama Monserrate, y por fin otros pueblos y alódios que les dió mas adelante.

Rico se halló el monasterio de Ripoll y su riqueza fué aumentando con su fama. En efecto, empezó desde el día de su consagración á brillar y á ser ensalzado de tal manera, á ser en tan alto grado la devoción de los fieles, que á muchos atrajo á la vida monacal, y muchos andando el tiempo se preciaron de ser sus bienhechores y de tener en él su sepultura.

Las rentas fueron acrecentándose tambien á medida que la devoción aumentaba, y son innumerables las donaciones y ofrendas que muchos príncipes le hicieron, entre ellos los reyes de Francia. Los condes de Barcelona en particular ne dejaron jamás de ser sus primeros y mas constantes favorecedores, así es que, un siglo mas allá de su fundación, las crónicas nos presentan el monasterio, á mas de ser dueño de lo citado y dado por el conde Wifredo, como poseedor de todo lo que era villa y alodio de Mollo y Malanera en el condado de Besalú, como señor de la villa de Olot, de la misma de Ripoll, de la de San Cristóval de Fons y la de Presas. En una palabra, eran tantas las dotes, rentas, joyas y riquezas que poseía el monasterio de Ripoll, que gozaba opinión de ser la mas rica orden de san Benito en la provincia Tarraconense. Solo la mesa abacial tenia de renta tres mil escudós.

Ilustres y famosos abades tuvo y los cronistas se detienen en referirlos mi-

nuciosamente. Nosotros solo apuntaremos algunos, cuyos nombres bien por Dios merecen salir del olvido.

A Diginio que era abad en tiempo de Wifredo, sucedió Rodulfo, el hijo que dicho conde ofreció á la Virgen.

A Rodulfo sucedió Enego, y en su tiempo, que fué el año 835, se dió mayor estension á la fábrica é iglesia del monasterio, corriendo todo de cuenta del conde Suñer, y consagrando el nuevo templo el obispo George de Vich.

Arnulfo sucedió algunos años mas adelante y fué uno de los mas privilegiados abades de Ripoll. El fué quien alcanzó, segun el cronista catalan Pujadés, una confirmación de todos los dotes de su convento junto con esencion de la jurisdicción diocesana, quedando inmediatamente sugeto á la santa sede Apostólica; él quien introdujo la reforma cluniacense; él quien, habiendo dejado de ser abad y siendo obispo de Gerona, hizo ensanchar y levantar el claustro fabricando de nuevo la iglesia con mayores ámbitos y espacios de lo que la segunda fábrica en tiempo de su predecesor Enego habia sido renovada. La muerte le sorprendió sin poder acabar su obra.

Acabóla su sucesor Guidiselo é hizola consagrar en el año 977. En tiempo de este abad trajeron de Francia al monasterio el cuerpo de san Eudaldo, mártir de la época de los godos, que era fama hacia grandes milagros.

A este sucedió Seniofredo y á Seniofredo el infante Oliva, hijo de Oliva Cabrera conde de Besalú, de Berga y de Cerdeña. En su época, se derribó la iglesia y por cuarta vez se volvió á levantar con mayores espacios y diferente arquitectura y labor, dejándola tal como llegó hasta el dia despues de consagrada nuevamente en 1032.

Siguieron á Oliva otros y otros abades con cuyos nombres no pretendemos cansar al lector, bastándole saber que se encuentran muchos hijos de tituladas familias, entre otros Federico infante de Portugal que fué abad comendatario, siendo arzobispo de Zaragoza y virey en Cataluña.

El abad tenia jurisdicción casi episcopal y usaba mitra, háculo pastoral, guantes y anillo como los obispos, hallándose al frente de una comunidad ilustre, pues que no podían ser monjes de Ripoll mas que los hijos de nobles padres y familias militares.

Poco mas — y lo dicho es bien poco — podemos decir tocante á escelencias del monasterio de Ripoll, pero mucho mas hubiéramos podido añadir si últimamente no hubiesen desaparecido en el incendio que abrasó el convento, cuando la guerra civil, los papeles y libros de su famoso archivo, y si ya en el siglo XVII un desdichado hidalgo (monje de la misma casa) no se hubiese

llevado y vendido á algunos tenderos de aceite y jabon algunas cargas de papeles tambien del archivo y particularmente el libro titulado *Anales de Ripoll*, que tantas veces cita el analista de Aragon Gerónimo Zurita.

Pujades, que es quien nos da esta última noticia, no nombra al desdichado monje para que, dice, no se perpetue su nombre con indigna infamia, antes bien perezca.

Hizo bien el cronista catalan. La posteridad debe agradecerle esta sabia prudencia porque esta prudencia ha evitado á aquella la maldicion que hubiérase visto precisada á arrojar sobre el nombre del descreído y mal aconsejado religioso.

Ripoll era panteon de ilustres familias. En sus claustros, en su iglesia, en sus capillas, veíanse ya modestas y sencillas, ya labradas y fastuosas sepulturas, todas ellas decoradas con nombres de esos que encierran cada uno todo un tesoro de recuerdos ó toda una historia de hazañas.

Tampoco nos detendremos en enumerar esas tumbas. Ni podríamos, habiendo perecido entre los escombros del edificio la mayor parte y quedando solo tradicion de algunas.

Allí yacian tendidos sobre sus lechos de piedra la mayor parte de los condes de Barcelona que tanto han dado que hablar á la historia y á la fama, que tan buenos y leales recuerdos han dejado en su patria. A un lado estaba el conde gobernador Wifredo asesinado por Salomon; cerca de él el segundo Wifredo su hijo, primer conde soberano de Barcelona, el mismo que juró no comer á manteles ni cortarse el cabello ni la barba hasta haber vengado la muerte de su padre que vengó atravesando con su espada al impío Salomon; en un ángulo se alzaban los mausoleos de Mir y de Seniofredo, en otro los de Ramon Borrel, Ramon Berenguer tercero y Ramon Berenguer cuarto, el que unió la Cataluña al Aragon con su enlace: todos nombres dignos, nombres ínclitos y nombres venerados.

Y no eran ellos solos, no dormian solos su eterno sueño. A sus piés á sus lados, leales vasallos en vida y en muerte, estaban cien guerreros de pujante espada y allí podian hallarse las estatuas fúnebres de los condes de Besalú, de Oliva Cabreta el desgraciado príncipe que dejó la espada por el cilicio, que trocó la malla por la cogulla, y Bernardo su hijo, el que mereció ser llamado *Tallaferro* (*Cortahierro*) porque, como Carlo Magno, partia en dos con su espada á un caballero armado de todas armas.

Sorprendida debió quedar en verdad toda esa corte de renombrados muer-

tos, ellos que con tantas victorias han enriquecido á su patria, cuando sintieron un dia crujir las robustas bóvedas del monasterio rajadas por el incendio, cuando vieron las llamas penetrar en el templo y lamer con sus lenguas de fuego los bordes de sus tumbas. Oh! cómo no se levantaron entonces tonantes de ira para arrojar á los sacrílegos que iban, á la luz del incendio, á revolver sus cenizas para buscar en vano escondidos tesoros?....

Sin embargo de que casi todo pereció en Ripoll, algunos libros viejos y curiosos hay en los estantes de nuestras bibliotecas donde el que paciencia tenga para hojearlos encontrar debe abundantes datos.

Es que Ripoll ha dado mucho que hablar á los cronistas.

No son empero datos históricos, no son datos que puedan añadir gran cosa á lo que ya dicho dejamos. Casi todo son hechos milagrosos, sucesos acaecidos, desgracias remediadas por la intercesion de la sagrada Virgen. Entre ellos no obstante se halla una tradicion que nos ha proporcionado objeto para escribir un nuevo capítulo, antes de que nos detengamos un momento, pobres peregrinos, á oír el viento que llora al engolfarse rápido en las actuales ruinas del un dia opulento monasterio.

VI.

LA ENCINA DEL DIABLO.

PARA que bien y del todo se pueda comprender la narracion que va á seguir, y que procuraremos relatar con todá la cándida sencillez de la verdadera tradicion, es preciso no olvidar dos cosas esenciales.